

PLAZAS FUERTES

El espacio público en las movilizaciones sociales de última generación

Texto: MANUEL DELGADO

Fotos: CARLOS LUJÁN

SIN FEMINISMO
NO HABRÁ
REVOLUCIÓN
IGUALDAD
APOYO MUTUO



AREA
PARIS



ESTE ES NUESTRO APOYO
SEGUIMOS CRECIENDO

NO NOS REPRESENTAN

40H

HIDRATACIÓN
CONTROL TO



¿KEREIS DEJAR DE JUGAR
CON EL MUNDO?

LA FABRIKE

CLARO
QUE SI:



DEZILUSION
+
INDIGNACION
=
ACCION



AL SALVAJE

DAS VOL
MADRID

informasol

TRABAJAD
ACION HIPOTEZAS

police en br...
gen de defen...
ELECTRONIC...
Intef +
47.000.000
De...

GRANIS
De...

LA DIC



¿Qué son, para qué sirven y qué significan una calle o una plaza? En apariencia, la delimitación viaria es el aspecto de la proyección urbana que fija la imagen más permanente y, por tanto, más memorable de una ciudad, el esquema donde esta encuentra compendiada su forma, así como el sistema de jerarquías, pautas y relaciones espaciales que determinará muchas de sus transformaciones futuras. Ahora bien, más allá de esas definiciones que hacen de ella un mero pasillo o hueco entre volúmenes, destinado a la accesibilidad, la regulación y la comunicación instrumental entre puntos distantes, la organización de las vías y cruces urbanos es el entramado por el que oscilan los aspectos más intranquilos del sistema de la ciudad; es el escenario de una estructura hecha más de instantes y de encuentros que de instituciones que singulariza la sociabilidad urbana, que pone en contacto a extraños para fines que no tienen por qué ser forzosamente prácticos y en que se registra una proliferación poco menos que infinita de significados.

Entre las apropiaciones no instrumentales que conocen las calles y plazas, algunas consisten en utilizaciones excepcionales en las que la actividad de los viandantes alcanza unos niveles máximos de intensidad y ciertos espacios ven modificada su naturaleza funcional para convertirse en escenario en el que vemos generarse grandes coaliciones viandantes —en el doble sentido de que se desplazan y están constituidas por transeúntes— que se han formado con fines expresivos y a las que, cuando son de índole civil, denominamos manifestaciones o concentraciones. Participar en manifestaciones, salir a la calle, constituye el máximo grado de intensidad en el involucramiento personal de los miembros de una sociedad en las cuestiones públicas.

Es cierto que el auge de las llamadas redes sociales pudo hacernos dudar del papel de los exteriores urbanos en las grandes fusiones humanas que se apropiaban de ellos para cambiar desde allí un determinado estado de cosas. La evidencia de los últimos lustros —desde las grandes movilizaciones antiglobalización a partir de finales del siglo pasado— advierte que, al contrario, la acción colectiva en las calles goza de un vigor y una vigencia incuestionables. Es más, parece que ahora más que nunca la corporeización física de grupos con identidades, intereses y objetivos específicos no deja de impugnar, o cuando menos matizar, la propia naturaleza presuntamente representativa del sistema político nominalmente democrático. De hecho, la acción en la calle constituye una modalidad de democracia directa y radical, a través de la cual son los propios afectados los que se consideran legitimados para hablar por sí mismos y sin el concurso de mediadores orgánicos institucionalizados a través del voto,

ni usando los «conductos reglamentarios» que prevé la burocracia administrativa.

Otra cosa es que puedan reconocerse cambios tanto en los formatos que emplea en este momento la protesta en la calle como en las justificaciones teóricas que los acompañan. En los últimos años ha alcanzado un alto nivel de impacto tanto político como mediático lo que podríamos llamar *modelo acampada*, consistente en una transgresión de las funciones consideradas «normales» de una trama de vías de uso público que se supone concebida y diseñada para circular, solo que usan el espacio no solo marchando, sino, al contrario, quedándose. En estos casos los viandantes se niegan a disolver el cúmulo humano que suscitan protestando y se niegan a abandonar el espacio ocupado, por lo general en un lugar de centralidad urbana.

Nos estamos refiriendo a auténticas tomas de larga duración de un determinado lugar público ya dotado de fuertes connotaciones simbólicas. Tal modelo se generaliza en los primeros años de la presente década y se concreta en los campamentos de protesta levantados en la plaza Sintagma en Atenas, la plaza Al Tagir en Saná, la plaza Tahrir en El Cairo, la Puerta del Sol en Madrid, ante la catedral de San Pablo en Londres, Gezi Park en Estambul, la Praça do Rossio de Lisboa, la plaza Habima de Tel Aviv, Zuccotti Park en Chicago, etc. El formato acampada en la acción colectiva no era inédito. Ya era este el estilo de protesta asumido por las llamadas *revoluciones de colores* en la Europa del Este, como en los casos de la Trg Republike (plaza de la República) de Belgrado en el año 2000, o del Maidan Nezalezhnosti (plaza de la Independencia) de Kiev en 2003. En varios países latinoamericanos y en Filipinas esta modalidad de protesta goza de décadas de tradición con el nombre de *plantón*. En España, ese modelo de actuación tampoco es inédito. Recuérdese el campamento en pro del 0,7 % de diciembre 1994 en la Diagonal de Barcelona, o el de los trabajadores de Sintel en la Castellana de Madrid en 2001.

Sin embargo, hay mucho más en este tipo de apropiaciones insolentes de centros urbanos que permite distinguir su sentido actual de los anteriores emparentables, sobre todo si a lo que atendemos es a movilizaciones *indignadas*, como las del 15M en España, Occupy Wall Street en Estados Unidos y otros análogos, como los de Tel Aviv en junio de 2011 o Estambul en julio de 2013. En estos casos no se ha tratado de repetir la apropiación civil y con frecuencia inamistosa de un centro urbano para hacer de él un telón de fondo sobre el que ejercer la libertad de expresión, en busca de eco político, ciudadano y mediático. Los espacios en que se han producido los asentamientos de protesta no han sido instrumentos al servicio de una instancia

convocante, sino que es el propio evento y el espacio en que *tiene lugar* —literalmente— los que han reclamado el estatuto de sujetos políticos. En estos casos, las acampadas se arrogaban el papel de auténticas entidades políticas independientes, con vocación incluso constituyente, que podían desarrollar funciones interlocutoras a través del sistema asambleario de que se dotaban, al tiempo que el marco de su presencia devenía una institución súbitamente vivificada a la que los congregados prestaban su voz.

Esta emancipación de la plaza y la calle para constituirse ellas mismas en sujetos de la vida política no puede sustraerse del idealismo y hasta de una cierta mística propios de lo que se ha dado en llamar *pospolítica*, con su proyecto de superación de la lucha de clases y de abandono de las divisiones ideológicas clásicas en función de nuevos lenguajes y nuevos paradigmas. Uno de los ejes de esa revisión doctrinal de los debates públicos es el ciudadanismo, que en el fondo, más allá de su aspecto novedoso, no deja de ser una nueva expresión del viejo republicanismo, para el que el espacio público no sería otra cosa que la concreción física de uno de sus derivados conceptuales: la llamada sociedad civil.

Esa incorporación del espacio público y su exaltación y elogio está en las antípodas del uso que recibe tal concepto a la hora de justificar las legislaciones y normativas «cívicas» que en tantas ciudades se están aplicando en orden a disciplinar la vida en las calles. Ambas visiones son antagónicas, es cierto, pero ambas recurren a un concepto —*espacio público*— del que no siempre se percibe su fuerte carga ideológica, destinada a contemplar el *ahí afuera* urbano no tanto como lo que es sino como *lo que debería ser*. He ahí la importancia de entender el cambio semántico que implica referirse a lo que hasta hace no mucho era simplemente una noción topográfica —*la calle*— con un concepto de origen filosófico-político, *espacio público*, es decir, la conversión en lugar físico de lo que en realidad era pura ideología, espacialización —real o pendiente— de principios abstractos de alto valor moral vinculados a la organización política de la sociedad.

Cabe recordar que *espacio público* solo desde hace relativamente poco remite a un tipo de lugar. De hecho, *espacio público* es un concepto político que alude a una esfera de coexistencia de lo heterogéneo de la sociedad. Ese espacio público es o debería ser la prueba de que lo que nos permite hacer sociedad es que nos ponemos de acuerdo en un conjunto de postulados programáticos en cuyo seno las diferencias se ven superadas, sin quedar olvidadas ni negadas del todo, sino definidas *aparte*, en ese otro escenario al que llamamos *privado*. Ese espacio público se identifica, por tanto, como ámbito de y para el libre acuerdo

LOS ESPACIOS EN QUE SE HAN PRODUCIDO LOS ASENTAMIENTOS DE PROTESTA NO HAN SIDO INSTRUMENTOS AL SERVICIO DE UNA INSTANCIA CONVOCANTE, SINO QUE ES EL PROPIO EVENTO Y EL ESPACIO EN QUE *TIENE LUGAR* —LITERALMENTE— LOS QUE HAN RECLAMADO EL ESTATUTO DE SUJETOS POLÍTICOS

entre seres autónomos y emancipados que se encuadran en él y viven juntos una experiencia general de debate y consenso.

De ahí la vocación normativa que el concepto de espacio público viene a explicitar como totalidad moral, conformada y determinada por ese «deber ser» en torno al cual se articulan todo tipo de prácticas sociales y políticas, que exigen que ese marco deje de ser meramente categorial y devenga también un escenario en que desplegarse y existir. A ese espacio público materializado se le asignaría la tarea estratégica de ser el lugar en que los sistemas nominalmente democráticos ven o deberían ver confirmada su verdad igualitaria, el terreno en que se ejercen los derechos de expresión y reunión como formas de control sobre los poderes y desde el que esos poderes pueden ser cuestionados. Todo ello sobre la base de la libertad formal y la igualdad de derechos, en una esfera de la que todos pueden apropiarse, pero que no pueden reclamar como propiedad; marco físico oficial de lo político como campo de encuentro transpersonal y región sometida a leyes que deberían ser garantía para la equidad.

He ahí la clave que explica el papel central concedido al espacio público en las movilizaciones sociales de nueva generación. En tanto, debe cumplir su misión de suelo de una sociedad civil rejuvenecida, el espacio público debe objetivarse ahora en ese marco sensible que hasta entonces había sido simplemente la calle o la plaza, para hacer de ella escenario programático de y para la auténtica civilidad; no la corrupta y adulterada actual, sino, por fin, en tanto que verdadero marco autogestionado de discusión y acción. En función de esa premisa, las plazas ocupadas eran reclamadas para realizar los principios democráticos radicales, para los que la plaza —devenida ágora, es decir, espacio público— es no solo lugar para el libre debate, sino síntesis encarnada de la propia comunidad de ciudadanos, de sus verdades e impaciencias, forma física que adopta su exigencia de que el proyecto moderno de equidad y justicia se convirtiera en algo más que un horizonte perpetuamente lejano.

La ocupación protestaria de las plazas para vindicar *democracia real* ha implicado una reclamación de que el espacio público se

transformara en lo que el proyecto de la modernidad había prometido que sería, como si el espacio público hubiera sido usurpado y desnaturalizado y tuviera que ser desvelado en su verdad oculta o mancillada por las anomalías que lo pervierten. Se trata realmente de constituir un espacio público como espacio de discusión de las cosas comunes, lo que supone algo mucho más literal por cuanto, al hacerlo, transforma los espacios materiales de la circulación de personas y bienes en espacios de y para el disenso. Esa es la conclusión a la que se podría llegar a la hora de reconocer lo que de nuevo hay en el estilo de acción colectiva que representan movimientos como los del 15M y otros análogos. No se instalan en un determinado espacio público que *ya estaba ahí*; no lo emplean, sino que lo generan, *lo producen*. ☒



FUGA

C HORIZOCRACIA

SOLIDARIDAD
DICIENDO 17M

PAR MILLER
AL SEN LATORRE
AL TINA LEON
BRILLAR

SWE D

PLAZA
AS SOLUCIONES

EDUCACION
ES N

Pres

STRONGHOLDS. Public space in the next generation's social movements

Text: MANUEL DELGADO, Photos: CARLOS LUJÁN

A street or a square: what are they, what are they for, and what do they mean? On the face of things, road delineation is the aspect of urban planning that fixes its most permanent image and, as such, is the most reminiscent of a city: the scheme in which the form of the urban is encapsulated, like as in the hierarchical system, standards and spatial relations that will determine many of its future transformations. So now, beyond those definitions that make public space a mere hallway or area between volumes, destined for accessibility, regulation and the highly important communicative area between distant points, the organisation of roads and urban crossings is the framework on which the most restless aspects of the city oscillate; it's the stage on which lies a structure made more of moments and meetings than of institutions that single out urban sociability, that puts strangers in touch to ends that don't necessarily have to be practical and in which a proliferation which holds meanings not short of infinite in number is registered.

Amongst the non-instrumental appropriations that streets and squares are well used to, some consist of exceptional uses in which the activity of the passers-by reaches peak levels of intensity, and certain spaces see

their functional natures modified by them to become the stage on which we see enormous pedestrian coalitions generated – in the double meaning of the sense because they move around and are made up of passers-by - that have been formed with expressive ends and to which, when they are of the civilian kind, we dub protests or concentrations. Taking part in protests, going out to the street, represents the highest intensity of personal involvement by members of a society when talking of public issues.

It's true that the increase in the so-called social networks could have made us doubt the role of urban exteriors as places to be taken over by vast human congregations desiring to change a determined state of things. The evidence from the latest few years - from the huge anti-globalisation movements at the end of the last century - suggest that, on the contrary, collective action on the street is enjoying an unquestionable vigour and applicability. What's more, it seems that now more than ever the physical embodiment of groups with specific identities, interests and goals hasn't stopped challenging, or at least lessening, the very nature supposedly representative of the political system in name of democracy. In fact, action on the street constitutes a direct and radical

modality of democracy, through which it's the very people who are affected who feel qualified to talk on behalf of themselves and without the concurrence of organic institutionalised mediators picked by vote, and without using "regulation conduct" that administrative bureaucracy anticipated.

Another thing is that changes can be recognised in both the formats that the protest on the street employs and in the theoretical justifications that accompany them. In the last few years what we could call the *camp model* has reached a high level of political as well as media impact: it has consisted of a violation of the functions considered "normal" in a public area that was originally conceived and designed for circulation, as said "camps" use the space not solely for movement but also, exactly the opposite, to remain there. In these cases the pedestrians refuse to break up the human cumulation that they rouse through protest, and they refuse to abandon the occupied space, generally located in the centre of an urban area.

We're referring to the authentic long-term occupations of a public space already awarded with symbolic connotations. Such a model was a general one in the first years of the current decade, for example with the 

protest camps set up in Sintagma Square in Athens, Al Tagir square in Sana'a, Tahrir square in Cairo, Madrid's Puerta del Sol, in front of St Paul's Cathedral in London, Gezi Park in Istanbul, Praça do Rossio in Lisbon, Habima square in Tel Aviv, Zuccotti Park in Chicago, etc. The camp format in collective action was not unprecedented. That was the style of protest taken on by the colour revolution in Eastern Europe, like in the case of Trg Republike (Republic square) in Belgrade in 2000, or of the Maidan Nezalezhnosti (Independence square) in Kiev in 2003. In several Latin American countries and in the Philippines this form of protest has been traditionally given the name *plantón* and has been around for decades. In Spain, this model for action wasn't unprecedented either. Remember, for example, the camp set up by the 0.7% in December 1994 in Diagonal in Barcelona, or that of the Sintel workers on the Castellana in Madrid in 2001.

Nonetheless, there's a lot more about this kind of insolent unauthorised use of urban centres that allows us to distinguish their current significance from that of the previous related ones, above all if what we are talking about are *indignant* mobilisations, like 15M in Spain, Occupy Wall Street in the US and others akin to those, like those in Tel Aviv in June 2011 or Istanbul in July 2013. In these cases it wasn't about repeating civil and often unfriendly appropriation in urban centres in order to make the public space a backdrop, in front of which to exercise freedom of expression, in search of echoes in politics, the citizenship and the media. The spaces in which seats of protest have taken place have not been instruments at the disposal of instances of congregation, but rather that it's the event and the space in which it *takes place* - literally - that have reclaimed the status of being political subjects themselves. In these cases, the camps assumed the role of authentic independent political entities, with an even constituent vocation, that were able to develop interlocutory functions by means of a system of gatherings that they were supplied with, at the same time as the framework of their presence evolved into a suddenly revitalised institution to which the congregated lent their voices.

This emancipation of the square and the street to constitute themselves as subjects in political life cannot be extracted from idealism and even from a certain mysticism of their own that has been dubbed *post-politics*, with its plan to overcome the battle of the classes and the abandonment of classic ideological divisions for new languages and new paradigms. One of the axes of that doctrinal revision of public debates is citizenship, which, at the bottom of it, beyond its shiny new look, doesn't stop being a fresh expression of the old republicanism, so that public space is nothing other than the physical build-up of one of its conceptual derivations: the so-called civil society.

That incorporation of public space and its exaltation and eulogy is diametrically opposed to the use that such a concept receives when it comes to justifying "civic" legislation and normative that, in so many cities, are being applied in order to discipline life in the streets. Both visions are antagonistic, it's true, but

THE SPACES IN WHICH SEATS OF PROTEST HAVE TAKEN PLACE HAVE NOT BEEN INSTRUMENTS AT THE DISPOSAL OF INSTANCES OF CONGREGATION, BUT RATHER THAT IT'S THE EVENT AND THE SPACE IN WHICH IT TAKES PLACE - LITERALLY - THAT HAVE RECLAIMED THE STATUS OF BEING POLITICAL SUBJECTS THEMSELVES

both recur to one concept - *public space* - whose strong ideological charge isn't always perceived, destined to contemplate the urban *out there* not so much as what it is but rather *what it should be*. That there is the very importance of understanding the semantic change that involves referring to what, until very recently, was simply a topographical notion - *the street* - and tying it with a concept of philosophical-political origin, *public space*, i.e. the conversion of a physical space to what in reality was pure ideology, spatialisation - real or pending - of abstract principles of high moral value linked to the political organisation of a society.

It must be mentioned that *public space*, until not long ago, referred to a kind of place. In fact, *public space* is a politic concept that alludes to a sphere of heterogenous coexistence in society. Public space is, or should be, the proof that what society allows us to do is to reach agreements *en masse* on pragmatic postulations, at the heart of which differences are seen as surpassed, although not forgotten or completely denied, but rather defined *separately*, on that other stage which we call *private*. Public space is identified, as such, as the field of and for free agreement between autonomous and free beings that fit into it and live through a general experience of debate and consensus.

That's how the concept of public space clearly sets out the normative vocation as a moral, conformist and determined totality for that "must be", around which all kinds of social and political practises turn, those practices that demand that that framework stops being merely categorial and also becomes a stage on which to unfurl and exist. That materialised public space would have assigned to it the strategic task of being the place in which the normally democratic systems see or should see their equalitarian truth confirmed, the terrain on which the freedom to expression and meeting are exercised as ways of control regarding the powers and from which those powers can be questioned. Above all on the basis of formal liberty and the equality of rights, in a sphere which everyone can dominate, but that which they can't claim as their own property; a physical, official frame of the political as a transpersonal meeting ground and region subjected to laws that should be guarantees of equality.

That there is the key that explains the central role given to public space in new generation social mobilisations. As such, it must fulfil its mission as

the floor for a rejuvenated civil society, and it must be objectified now in that evident framework that, until recently, had simply been the street or the square, to turn it into the programatic stage of and for authentic civility; not the corrupt and adulterated current one, but rather, finally, the true self-managed framework of discussion and action. Working under that premise, occupied squares were reclaimed to carry out radical democratic beginnings, for which the square - becoming the main square, i.e. public space - isn't just the place for free debate, but rather synthesis incarnate of the citizens' own community, of their truths and impatiences, the physical form that takes on the demand made by the modern project for equity and justice that becomes something more than just a forever far off horizon.

The protest occupation of squares to vindicate *real democracy* has implied a reclamation that the public space is transformed into what the project of modernity had promised it would be, as if the public space had been usurped and de-natured or tarnished by the anomalies that perverted it, and its hidden truth had to be revealed. It's really about constituting a public space as a place for discussion of common things, which involves something far more literal inasmuch as, upon doing it, it transforms the material spaces of the circulation of people and goods into spaces of and for dissension. That's the conclusion that can be reached when it comes to recognising what is new in this style of collective action that is represented by movements such as 15M and others. They don't settle in a determined space that was *already there*; they don't use that space, but rather they generate it, they *produce it*. ☒